

Democracia y no intervención

Jueves, 22 de julio de 1937

¿Acaso existe un lazo estrecho y profundo entre esas dos ideas, lazo que nos explica el apego de las democracias a ese principio de la no intervención, a propósito del cuál se oponen una vez más a los poderes absolutos?

Podremos encontrar fácilmente cuatro razones, al menos, para justificar esa actitud diferente de las democracias.

1^a. Las nociones de soberanía y de independencia de las naciones son sin duda dos ideas fácilmente distinguibles, la primera perteneciente más bien al derecho político interno, mientras que la segunda está en la base del derecho público internacional. Pero no es menos cierto que esas dos nociones no pueden ser separadas más que sutilmente, y que, además, no estando el Derecho construido como un navío, según un sistema de compartimentos estancos, se forma entre ambas ramas ese lazo tan estrecho que a nuestro amigo, el profesor E. Mirkiné-Guetzévitch, le gusta subrayar. Sin embargo, no podríamos presentar contra la independencia el perjuicio tan grave de la intervención, sin desconocer y dañar el dogma de la soberanía nacional, tan querida por todas las democracias.

2^a. Las fórmulas políticas, incluso aquéllas que parecen las más doctrinales, están influenciadas por los resultados de los acontecimientos históricos, siguiendo otra dirección del pensamiento de Mirkiné. Así, sobre la intervención, como principio y como realidad, se cierne siempre, y sobre todo para nosotros Españoles, el recuerdo inolvidable y la sombra odiada de la Santa Alianza. Ese préstamo histórico inolvidable ha matizado y casi ha marcado para siempre la intervención como un procedimiento demasiado adecuado a los poderes reaccionarios.

3^a. Una democracia necesita asegurar su cohesión nacional, aún más que los poderes dictatoriales y ello por medios diferentes. Las dictaduras creen ser, fingen representar una voluntad única, o suprimida, del pueblo; e incluso, lanzándose hacia la aventura exterior buscan en ello motivos, quizás pasajeros y peligrosos, para reforzar tal solidaridad nacional. Pero una democracia, siem-

pre recorrida, y a menudo dividida por corrientes de opiniones opuestas, corre el peligro, tendiendo hacia la discordia de los demás y mezclándose en ello, de comprometer su cohesión interna, cualquiera que sea el que gane en el país intervenido, y probablemente el peligro aumentaría si ganara el partido que habíamos querido ayudar.

4ª. Hay una verdad incontestable, sobre todo en nuestra época, tan indiscutible que sólo ha podido ser borrada en tiempo del liberalismo económico e individualista absoluto, Esa verdad nos dice que toda forma real y sincera de las democracias exige ser rellenada con un fondo de justicia social. Sin embargo, en la desigualdad de clases y en la iniquidad de la explotación económica hay un aspecto más censurable y escandaloso que aquél que surge del favor de las intervenciones. Las ganancias de un tráfico prohibido y tolerado vienen a aumentar escandalosamente los provechos del capitalismo. Alrededor de éste extendemos una red despreciable de parásitos intermediarios, cuya insolencia sin escrúpulos y cuya codicia infatigable, vienen a engordar los gastos de otra democracia robada y arruinada. En cambio, reservamos para los obreros una solución de paro de una crueldad refinada e inaudita, con ayuda de las falsas incitaciones. Empujamos a los parados hacia todos los peligros del combatiente sin la dignidad del soldado, los sometemos a la dependencia de la esclavitud y al envilecimiento del mercenario.

Reconozco la posibilidad de ciertas objeciones que quiero examinar.

Se dirá que existe alguna auténtica democracia, practicando la intervención como sistema. Responderé primero que eso está fuera de Europa y como consecuencia de circunstancias singulares, que favorecieron esa aplicación desviada de la doctrina Monroe. Existe allí, al sur de los Estados Unidos, un constitucionalismo a menudo de fachada, y hay también un desequilibrio evidente en el orden internacional. Así pues, a medida que afirmamos un poder democrático como en el sistema llamado A.B.C. (Argentina, Brasil, Chile), el primer signo del poder normal y respetado es escapar al principio de intervención.

Se puede mostrar el ejemplo de fuerzas no reaccionarias, que preconizan resueltamente la intervención. Sin duda son más bien revolucionarias que democráticas, viendo en la democracia nada más que una etapa previa y un instrumento útil para llegar a otro régimen absoluto a su manera. Además, y siempre con ocasión de grandes revoluciones, éstas deben practicar la intervención, porque están en guerra, franca o disfrazada, de propaganda o defen-

siva, es decir, en una situación exterior que sobrepasa mucho la intervención misma.

Queda por examinar la objeción de los practicantes, de los usuarios, la objeción llamada maquiavélica. Esta es bastante compleja para ser analizada de paso.